

VOZ RAPIDA

Para vos...

Hacia un arco socialdemócrata

Boletín informativo desde Villa La Angostura N° **349**

El maestro debe volver a ocupar el centro de la educación argentina

La pandemia ha quebrado un orden pedagógico ya deteriorado; aun así, la enseñanza ha de ser una tarea primordial a la hora de reconstruir el país



11 de septiembre de 2021

Santiago Kovadloff

LA NACION

La decadencia de nuestra educación se inició hace mucho. La pandemia no ha hecho más que multiplicar sus síntomas. Acentuó su patología, pero no la generó. Desnudó su magnitud, la hondura que ha alcanzado en tantos años.

La educación pública está en ruinas. En ella y aún más allá de ella, las figuras del maestro y del alumno se han desdibujado. La peste, mal encarada por un gobierno que ni siquiera ha

sabido disimular su falta de seriedad, sumó a la parálisis que impuso a la economía la indiferencia ante el quebranto del orden pedagógico.

Se ha favorecido el contagio y la muerte donde se lo pudo haber evitado. La peste se rearma y vuelve a atacar. La recuperación es lenta, incierta, oscilante, desigual. Muchos han sido víctimas de la soberbia política y la insolvencia sanitaria. En nuestra América y en el mundo desarrollado.

Aun así, tras la catástrofe, siempre sobreviene la reconstrucción. En ese proceso, **la educación debería figurar entre las tareas primordiales**. Más todavía, debería estar a la cabeza de ese proceso. Y la razón es clara: ella es la meta que infunde sentido a todo lo demás. La médula de lo que importa. Lo decisivo, si se piensa en la calidad de personas que debe generar el progreso económico y con las que el progreso tiene que contar si aspira a superar sus constantes contradicciones. La antinomia feroz entre rentabilidad y exclusión. El abismo entre dignidad y pobreza.

No se trata de ninguna manera de limitarse a dar continuidad a lo que se vio interrumpido por la pandemia. Las soluciones de fondo que exige la educación - un escenario donde se acumulan los fracasos desde hace más de medio siglo- reclaman en la Argentina un cambio radical de orientación; del rumbo que nos llevó a la decadencia.

El desafío mayor atañe a la recomposición de esas dos figuras hoy menoscabadas que mencioné al pasar: las del maestro y el alumno. Si ellas no recuperan protagonismo, todo será inútil. Proseguirá la farsa, abundarán los espectros y se profundizará la aniquilación del porvenir.

Sobre la figura del maestro recae una responsabilidad indelegable: la de volver a dar vida a la emoción de enseñar y aprender. Sin él, la educación podrá contar eventualmente con recursos objetivos pero no tendrá sustento espiritual.

Estas páginas intentan su semblanza, celebran sus rasgos distintivos. La aptitud que lo convierte en timonel de esa travesía fundamental que llamamos educación.

Estoy persuadido: más allá de toda adversidad, los hubo, los hay, los habrá siempre. No abundan, es cierto, pero integran una especie a prueba de extinción. Son, por lo demás, inconfundibles. Un don caracteriza a los maestros: **fecundan a quien los trata, lo iluminan. Convocan a sus oyentes a una experiencia mayor: la de ingresar de su mano al campo del saber como acto de autodiscernimiento.**

Son sembradores de hallazgos. Agudizan el oído, dinamizan la percepción. Promueven perspectivas inusuales. Destrozan la costumbre y despiertan el asombro. Arrebatan la palabra a lo convencional y su modo de pensar contagia al discípulo. Le hacen lugar a la disidencia, no la ahogan. No invitan jamás a la polarización: prefieren tender puentes, alentar el intercambio.

Quien descubre que está ante un maestro se redescubre. Por obra de ese hallazgo, él mismo pasa ser otro. Este deslizamiento de la propia identidad desde lo previsible a lo imprevisible sitúa a quien aprende en un suelo inexplorado. Y, una vez en él, el alumno alza vuelo.

El maestro disipa la bruma en que hasta allí se vivía. La oscuridad cede con él a una penumbra bienhechora.



Penumbra, digo, y no ilusoria claridad plena. Inspirado por quien lo educa, el alumno sostendrá esa afición a la vigilia y la media luz. Aprenderá con él que la intransigencia del prejuicio y la tentación de lo dogmático no dejarán de acecharlo.

El maestro transmite, no adoctrina. No aspira a inscribir a quien lo escucha

en un saber que reclama sumisión. El maestro no pide acatamiento. La materia que modelada por su voz llega al discípulo preserva ese grado de flexibilidad semántica que incita al alumno a intervenir, a abordar lo que se le dice con su propio parecer. Es así como el acto de aprender se encarna en un compromiso personal. Con ello, el sentido de lo transmitido recibe la impronta de su nuevo intérprete, nuevos matices para su significación.

La estirpe de los maestros es también variada e imprevisible. Se los encuentra donde menos se lo sospecha. Sin embargo, desde quien educa en el orden corporal hasta quien lo hace en el cielo de las altas abstracciones matemáticas, se diría que son uno solo; en todos ellos puede reconocerse un mismo perfil.

Me deleité semanas atrás oyendo a Ana Victoria Chaves. En esa ocasión no fue como pianista sino describiendo los atributos de quien fuera su gran maestra. “Mi madre musical”, la llamó. “Elizabeth Westerkamp me enseñó –dijo–, qué era lo que yo debía entregar de mí al piano si quería que él me expresara”.

Hizo una pausa prolongada. Ana buscaba, en el silencio conmovido que la embargó, a qué darle prioridad en la semblanza de esa gran artista que lo era también en la enseñanza. “Elizabeth modeló mis movimientos. Me abrió las puertas de la naturalidad. Y me reveló el parentesco posible entre esa naturalidad y la obtención del sonido. Liberó mis manos de excesos. Sus gestos eran una conjunción perfecta de suavidad y firmeza. Su elocuencia estaba allí, en esos gestos. Sentada a mi lado, tomaba mis dedos entre los suyos y los conducía sobre cada nota como si me enseñara a pronunciar cada letra de cada palabra. Luego, suavemente, apartaba sus manos de las mías dejándome ir, confiada en que yo sabría hacer

brotar el sonido que debía escucharse: límpido, sin impurezas. A todos sus alumnos nos estimulaba para que buscáramos y reconociéramos nuestra singularidad. La suya era una invitación a ser único”.

El maestro no es privativo del aula. Tampoco alguien a quien corresponde identificar únicamente como un pedagogo profesional. Si se lo puede encontrar en una escuela o en una facultad, nada asegura que no se dé con él en boca de alguien con quien nos cruzamos en una calle o en un taller mecánico. Y su magisterio puede abarcar tanto semanas, meses o años como un solo y luminoso instante. De igual modo, es múltiple y variada su ubicación temporal. Puede irrumpir en una partitura del siglo XVI, en una talla de madera medieval o en una página de Franz Kafka.

Hay magisterio en una vieja moneda si se la sabe ver, en la palabra de un tendero, en una lápida remota tanto como en el esplendor de algo nuevo.

El maestro es un alquimista. Y también, un hechizado que hechiza. Si es suya la facultad de cautivar, es porque también se deja ver como cautivado por lo que transmite, urgido por compartir su íntima vibración.

No habla *sobre* sino *desde* lo que comunica. Al escucharlo se advierte que se está ante alguien que da qué pensar y lo da literalmente. Es suyo lo conjetural, lo dilemático, los planteos que se aventuran más allá de lo asentado; la palabra donde confluyen la precisión y esa indispensable cautela al interpretar lo complejo. Atento siempre a la percepción de aquel o aquellos a quienes se dirige, se brinda en la misma medida en que pide entrega.

Ofelia se llamaba. La contundencia de su paso, al ingresar al aula, anticipaba ese apego al rigor que era tan suyo y la fortaleza de un carácter que parecía hecho a prueba de adversidades. Le debo la emoción de empezar a aprender lo que a ella la enamoraba enseñar: Historia Moderna.

Corrían los años 60. En la profesora Ofelia descubrí al primero de mis maestros. La ocasión en que me lo reveló sigue siendo inolvidable.

Llamándome a exponer, me pidió que lo hiciera sobre el “Tercer Estado” en la Francia monárquica. Y de inmediato agregó sonriendo: “Y no olvides que yo ya lo sé.” El impacto que me produjo esa advertencia fue crucial, un deslumbramiento, una conmoción. Severa, por un lado, era a la vez una invitación a proceder con libertad, a que me arriesgara a dar a conocer mi opinión sobre el tema propuesto. Me incitaba a no ser el eco de su palabra, reclamaba mi presencia. Que le hiciera saber qué destino había corrido en mí lo que ella, con tanto empeño, había brindado.

Aún no había descubierto a Sócrates. Y, sin embargo, ya lo tenía ante mí.

Nada más alejado del maestro que la vehemencia de una prédica o la promoción de una ideología. El arte de la transmisión nada tiene que ver con esa presunción

empecinada en creer y hacer creer que se cuenta con un saber invicto, impermeable al error, a salvo de la duda y poseedor jactancioso de un diagnóstico y de un pronóstico acabados sobre lo que somos, lo que sucede, lo que fuimos y lo que sucederá. Así concebida, la verdad no es más que una presa a la que se la exhibe enjaulada.

Reverso absoluto del ideólogo, el maestro enseña a desconocer. Mediante diferentes formas de aproximación a su tema, reconfigura su semblante sin terminar de dar su esbozo por concluido. Así lo exige el carácter insuficiente de todo saber fecundo, no maniatado por el dogma ni el prejuicio y consciente de que lenguaje y realidad siempre se aproximarán sin alcanzarse nunca.

Los hechos se acomodan a diferentes lecturas sin que ninguna les baste para dar por agotada en ella su significación. Por eso entre esas lecturas las más ricas son las que saben abrirse a la comprensión de su propia insuficiencia.

Nicolas Malebranche, teólogo y filósofo cuya vida transcurrió entre 1638 y 1715, encabezó con el epígrafe que sigue las páginas de su *Búsqueda de la verdad*: “Le debo al Señor Descartes o a su manera de filosofar los sentimientos que opongo a los suyos y la osadía de discutirlos”.

¿Qué mejor caracterización que esta para dar a conocer el perfil de un buen alumno?

.....()

El maestro es el celebrante de un rito singular. Opera sobre sus discípulos mediante aquello mismo que a él lo convierte en quien es. Es así como la alegría de aprender se convierte en la alegría de transmitir. De este modo se interna en el corazón de sus oyentes hasta hacer de ellos interlocutores. Habitante de sus ideas, el maestro promueve en quienes lo escuchan, esa misma necesidad de protagonizar plenamente lo que se dice. Un verso, una sentencia, una frase musical, una fórmula matemática: todo aquello a lo que remite proviene de un saber previamente metabolizado por su sensibilidad.

.....()

Picadita de textos.

Alejandro Borenzstein, en Clarín “Y de una costilla de Cristina, Dios creó a Milei”

La mayoría de los turistas que visitan el exclusivo resort de Cancún donde están alojados Cristina y Máximo, no deben entender la razón por la que la Vicepresidenta y el jefe de La Cámpora están organizando un fiestón en la playa. Se supone

que ambos están allí escondidos, sin dar la cara, a la espera de que esta racha negativa que atraviesa el kirchnerismo termine de una buena vez. Como viene la mano se van a tener que quedar en Cancún. Fracasaron en el gobierno, les fue otra vez mal en las elecciones y encima esta semana les jubilaron a la jueza que los iba a ayudar en Tribunales.

El analfabeto político – Bertolt Bretch

El

peor analfabeto es el analfabeto político. No oye, no habla, no participa de los acontecimientos políticos. No sabe que el costo de la vida, el precio del poroto, del pan, de la harina, del vestido, del zapato y de los remedios, dependen de decisiones políticas. El analfabeto político es tan burro que se enorgullece y ensancha el pecho diciendo que odia la política. No sabe que de su ignorancia política nace la prostituta, el menor abandonado, y el peor de todos los bandidos que es el político corrupto, mequetrefe y lacayo de las empresas nacionales y multinacionales.

Leonardo da Vinci

Quien no castiga el mal, ordena que se haga.

La Corte Suprema de Justicia, falló en contra de la jueza Ana María Figueroa:

También veía venir un pedido de licencia por parte de Figueroa, y la Corte ya tenía redactado el párrafo de la respuesta: “**No se puede tratar el pedido de licencia de alguien que ya no es juez**”. La magnitud del escándalo y del desvarío corrían el riesgo de crecer aún más.

Ortega y Gasset-citado por Sartori- (1924/ 2017)

Predigo la emergencia del tipo humano del ‘niño maleducado’ y desconsiderado que lo espera todo gratis y que tampoco se siente solidario con las condiciones que le aseguran el beneficio que reclama. De esta forma, la sociedad de beneficiarios se transforma en una sociedad de la protesta de los descontentos.

Antonio Machado (1875-1939. Poeta y prosista español, perteneciente al movimiento literario conocido como generación del 98)

Los que están siempre de vuelta de todo son los que nunca han ido a ninguna parte.

Giovanni Sartori. Politólogo contemporáneo

No puede existir una sociedad buena sin bien, es decir, no puede existir allí donde la política se reduce a la economía, los ideales a las ideologías y la ética al cálculo

A los maestros y maestras: ¡¡¡Salud!!!

Los saluda un maestro egresado de la Escuela Normal Nacional “Justo José de Urquiza” de Mercedes, provincia de Buenos Aires, promoción 1958.

En aquellos tiempos, hacía más de 100 años que se formaba en la fragua docente, el modelo de maestros y maestras que aún muy jóvenes, salían de esa academia a alfabetizar, bajo la consigna Sarmientina de superar el primer nivel de preparación para la vida: Saber leer, saber escribir, saber sumar, saber restar, dividir y multiplicar.

Aquel Sarmiento, había llegado a decir que metería presos hasta que aprendieran estos conocimientos, a los gauchos, casi siempre analfabetos trashumantes que como sombras recorrían las pampas prestándose como peón solitario para que cuando hubiere “pique” (trabajos) pudieran “tener conchabo”, aún analfabetos. Su escuela había sido el arreo, la cosecha, el arado, la doma, y las tareas rurales.

Según Sarmiento, había que educar al soberano. Para eso, vendría la Escuela Primaria toda.

A quienes egresábamos maestros, la nueva ley docente o primer estatuto si se lo quiere llamar así, nos era extraño.

Nuestra Directora, profesora de geografía, María Luisa Cazeneuve, nos imbuiría de la responsabilidad que nos tocaba: “Vayan al interior, a las escuela rurales, así aprenden a ayudar a esos chicos lejanos a los saberes principales”. “Vuelvan después de 10 años, y ayudarán a generar la fragua social de nuestro país, al que ustedes verán en su esplendor”.

Hoy saludo a los nuevos maestros, que egresan profesores de enseñanza, y les dejo aquel legado en nuevos términos

Nuestras generaciones, terminaban el tercer año secundario, y elegían el fin de secundaria, uno de los cuales era el Magisterio. Dos años más, y salíamos maestros.

La sociedad se ha complejizado. ¡Cómo no se va a complejizar la tarea docente!

No alcanza, querida/o colega, con dar conocimientos. Hay que buscar nuevos caminos, por eso te regalo las palabras de Santiago Kovadloff de arriba, enseñar también a los chicos a convivir, a portarse bien. Y convocar a los padres, para llevar esta inmensa tarea a buen puerto.

Comparto con ustedes la tarea más inspiradora de mi vida: Dar clases.

Y ahora sí. Otra vez ¡¡¡Salud!!!. Viva la escuela. Vivan los maestros y maestras.

Gunardo

ALFONSÍN SE DIRIGE AL CONGRESO INTERNACIONAL LIBERAL EL 3 DE OCTUBRE DE 1985

Con motivo del premio a la libertad, en Madrid, España que le confirió ese organismo. Vamos a salvar algunas frases de un intenso mensaje que corrobora lo que alguna vez, dijeron él y el expresidente Illia: Política es, también, docencia.

Alan

Pavón, "Historia y doctrina de la UCR".



“Expreso mi agradecimiento, pues, en nombre del pueblo argentino, artífice y protagonista de una marcha iniciada hace más de dos años, para la recuperación definitiva de la libertad y la consiguiente restauración de la dignidad de los hombres”.

“Mientras que el estatismo cercena la personalidad y considera al individuo como un puro accidente, la sociedad puede intervenir a través de los organismos sociales manteniendo a la intervención estatal propiamente dicho, en un papel subsidiario. Este es el buen camino – decía – porque es el único modo de conciliar las dos tendencias del individualismo y del socialismo en lo que tienen de sanas: La libertad que aquél sostiene y la organización a la que éste aspira”.

“Hipólito Irigoyen dio al movimiento Radical un sentido de liberalismo solidario cuyas resultantes políticas, cubren toda la historia de la Argentina moderna, y se reflejan en la vida del continente, desde movimientos esencialmente liberales y modernizantes como la Reforma Universitaria del 18, hasta las expresiones más generosas de la solidaridad que se expresan hoy entre nosotros, con el nombre de Justicia Social”.

